

colección  
**PERIODISMO  
CULTURAL**

*Aquí no estamos  
en el Mediterráneo*

**BLANCA RUIZ**





### **RAYAS EN EL AGUA**

Vicente Rojo .....	111
Juan Soriano .....	115
Gilberto Aveses Navarro .....	119
Diego Toledo .....	123
Boris Viskin .....	127
Oaxaca, tierra de colores .....	131
Manuel Velázquez y Roberto Hernández .....	137
Gabriel Orozco .....	141
Alfredo Jaar .....	145

### **HISTORIAS DE LUZ**

Manuel Álvarez Bravo .....	151
Lola Álvarez Bravo .....	157
Mariana Yampolsky .....	161
Gabriel Figueroa .....	165
José Bustamante .....	169
Rodrigo Moya .....	173
Alberto Díaz Korda y Raúl Corrales .....	177
Josef Koudelka .....	181
Oliviero Toscani .....	185
Eikoh Hosoe .....	189
Walter Reuter .....	193
Imágenes de Xalapa .....	197
Graciela Iturbide .....	201
Lourdes Almeida .....	205
Marco A. Cruz .....	209
Luis González Palma .....	213
Joan Fontcuberta .....	217
Alberto Tovalín .....	221



# PRESENTACIÓN





### *...Y ésta es su casa*

**É**sta es su casa. Una casa del mundo. Una casa de la luz.  
Sus habitantes son palabras, imágenes, miradas.  
Hay manos que trabajan con el sol, otras con la noche.  
Una metáfora entra por la ventana, la inefable emoción de un poema. De la llave sale un canto. Un baúl, un caracol, un lienzo.  
El blanco y negro es la camisa colgada del patio.  
El bastón de Eliseo Diego sostiene la pared y el tiempo.  
La melena de nieve de Rafael Alberti ilumina la estancia.  
El señor X se quita el sombrero y el abrigo y juega a las cartas.  
En una pintura, cae la lluvia y una canción que no se escucha.  
Dos niños juegan con una fotografía, presencia de la vida, creación que no termina.

Los que están aquí, con el aliento del sediento o del complacido, del sosiego o del cambio, de la certeza o la contradicción, tienen un poco o un mucho de reconocimiento y fama. Pero hay miles que tocan las puertas con sus letras y sus vidrios bajo el brazo, que aún no dan declaraciones ni conceden citas a la prensa, que no cuelgan premios en su sala. Para ellos, ésta también es su casa.

Una casa que después de todo no está en el Mediterráneo.

Una casa que sueña con todos los mares.



—¿O la soledad no es una condena?

—La soledad triste, sí; la soledad alegre, no. No fuimos hechos para ser tristes; somos tristes porque la felicidad (de la que tenemos apenas unos cuantos atisbos) se acaba. Se habla de un paraíso perdido y de un valle de lágrimas. ¿Cuál es el paraíso perdido? Puede ser un estado, o entelequia, en el que no existía ninguna necesidad pues ésta se satisfacía antes de que apareciera. Es decir, un estado en el que no hay búsqueda porque no hay necesidad. Es la dicha por la excelencia; o felicidad. El valle de lágrimas no es sino una nostalgia de, o de tristeza por, ese paraíso perdido. Al nacer, lo primero que echamos de menos es la falta de conciencia de que gozábamos al no experimentar ninguna necesidad. Vivir es tratar de satisfacer nuestras diversas necesidades, y el ánimo implícito en esta búsqueda es, por naturaleza, triste, porque la conciencia le hace “saber” que la meta es inalcanzable.

—¿Cómo sería un mundo sin gente triste?

—Triste.



## **Tito Monterroso, 50 años en el exilio**

### **Siendo escritor, el exilio se soporta mejor**

**T**odos padecemos el síndrome de Ulises. Siempre yéndonos o deseando ir a una realidad más dura, o quizá, a la utopía y el ensueño. Así se expresa quien inició su viaje hace 50 años: cuando el calendario fechaba el noveno día del noveno mes de 1944, Augusto Monterroso dejaba Guatemala y su dictadura, para encontrarse con el azoro, el asombro, el tezontle de las casas mexicanas. Aquí halló otros amigos, una oveja negra, la letra E, un dinosaurio que sigue allí.

El exilio es para él una palabra que no suele figurar mucho en su vocabulario. No le gusta alzar la bandera del perseguido, rechaza sentirse héroe o víctima. Se asume como un escritor que viaja con sus lecturas y sus sueños. Como el escultor, trabaja con la piedra que tiene enfrente. Pero no olvida otras piedras, otros días, otros años, y los evoca en esta charla.

—En *Los buscadores de oro*, usted escribió: "Soy, me siento y he sido siempre guatemalteco. En la misma forma en que nací en Tegucigalpa, mi feliz arribo a este mundo pudo haber tenido lugar en la ciudad de Guatemala. Cuestión de tiempo y azar". En ese sentido, ¿qué es ser guatemalteco?

—Para los centroamericanos del tiempo en que yo nací no había mayor diferencia de nacionalidad si uno nacía en cualquiera de las repúblicas de Centroamérica y vivía en otra, una buena herencia del ideal unionista. De esa manera, para mí fue muy fácil decidirme



definitivamente por la guatemalteca. Era algo más que natural. Si no sigue siendo así, lo considero una gran pérdida del ideal centroamericano. Ahora bien ¿qué es ser guatemalteco? Paisanos colegas míos han escrito largamente sobre esto y me falta imaginación para añadir algo. Supongo que lo mismo que para un uruguayo ser uruguayo, o para un mexicano ser mexicano: la emoción ante los símbolos patrios y la salvación ante el recuerdo de un asado o un mole; pesan también las primeras sensaciones del entorno.

—En ese libro dice también que “los caminos de la literatura pueden ser cortos y directos o largos y tortuosos”. ¿Cómo ha sido el exilio para usted?

—Largo, es indudable. Hoy, 9 de septiembre, cumpla 50 años de exilio en México: de exilio en general, pues en todo este tiempo sólo he estado en Guatemala —en el periodo revolucionario— cuatro días en 1950, y una noche y un día en 1953, esta última vez mientras se me proveía de un pasaporte diplomático para una misión de esa índole ante el gobierno boliviano. En cuanto a tortuoso, pienso que sí, pues en ese que podríamos llamar “gran exilio”, se presentó otro de dos años —1954-1956— en Chile: un exilio dentro de otro, este segundo más difícil y dramático.

—¿El exilio es un sentimiento que se cultiva, se domina o lo domina a uno? ¿Lo despista de tarde en tarde?

La calificación del exilio depende mucho del exiliado y bastante del lugar en que se desarrolla. Por otra parte, siempre he pensado que cuando se es escritor o intelectual en general, el exilio se soporta y se lleva mejor que si se es un obrero o un trabajador manual; para estos últimos, por las razones que sea, siempre es aún más duro y doloroso. En todos los casos, hay quienes lo cultivan o son dominados por él, los que viven en el país del exilio como si nunca hubieran salido del propio, pensando que van a regresar en un mes, y así se les pasa la vida. En lo personal, no me niego al recuerdo de la nostalgia, pero aprendí a vivir en el país que me acogió —México— afrontando y resolviendo las mismas dificultades que mis congéneres mexicanos.



—Exilio y literatura, en su caso, ¿cómo ha sido la relación? ¿Cómo lo ve en otros autores? ¿Pudiera convertirse en una trampa, más que en un refugio, en una vocación?

—Con seguridad, sólo puedo hablar de mi caso. Reconozco que a veces soy injusto y veo mal a los escritores que se quejan del destierro, sin considerar que cada caso es una historia aparte, que hay distintas clases de exiliados, comenzando por las diferencias económicas que cada quien afronta. He conocido exiliados ricos, con bienes que han perdido o que les han sido confiscados en su país. Son los que más se quejan y añoran la patria. ¿Cómo puedo juzgarlos yo?, que cuando salí de Guatemala no poseía nada y que, como el filósofo antiguo, dondequiera que fuera llevaba todas mis riquezas conmigo, pues éstas no eran otra cosa que mis lecturas y mis sueños, y es igual después de cincuenta años. Acepté el exilio como tantas otras cosas, buenas y malas.

—¿Hay algo en todas esas lejanías que no haya podido (o querido) traducir a la escritura?

—Ni podido ni querido. Excepto en *Los buscadores de oro*, que por su misma índole autobiográfica pedía eso, cuando escribo no tiendo a la evocación o a la remembranza adolorida, aunque alguna vez haya caído en ello, como en “Llorar orillas del río Mapocho”, una debilidad de la que no me arrepiento. Me interesa más bien lo que vivo hoy. Como los escultores, trabajo la piedra que tengo enfrente, a la mano. El pasado es muy rico, siempre que se haya convertido en presente; es el único que me interesa como escritor.

—¿Y los exilios internos, a ellos se refiere con aquello de “irse mentalmente a donde se debe”?

—Exilio externo, exilio interno, son frases o instancias de un mismo proceso emocional y mental. Todos padecemos el síndrome de Ulises. Siempre estamos (como maldición) yéndonos, o deseamos estarnos yendo a otra parte, a una realidad más dura, quizá, o a la utopía y el ensueño; tal es el destino de todo ser humano. Los escritores lo encauzamos por medio de la imaginación, a través de la constancia en el esfuerzo y el trabajo. Cuando esto no es



así, estamos desasosegados, en la ciudad llena de ruido o en la isla desierta. ¿Cómo lo resuelven los demás? No lo sé, pero sospecho que sienten lo mismo y que sufren.

—¿Con qué estado de ánimo llega a México y qué estado de ánimo ve en la gente que encuentra en las calles?

—De azoro y de asombro. Me enfrentaba a una gran ciudad, ya en aquel tiempo (1944) inmensa, la de la grandeza mexicana de Balbuena y la del tráfico moderno, con miles de personas en las calles, varias de éstas preguntándome en dónde quedaba tal calle, a mí, que tenía apenas 24 horas de haber llegado. Cuando hoy me ocurre lo mismo, recuerdo aquel día y aquellas preguntas; pero sigo sin aprender cómo se va de un sitio a otro, qué calle va a cuál.

—¿Cómo evoca a Pablo Neruda?, ¿sus versos tristes, su Isla Negra?, ¿qué aprendió y compartió con él en *La Gaceta de Chile*?

—¿Nos vamos ya a Chile? Para entonces, 1954, yo ya admiraba mucho al poeta Neruda, pero apenas conocía a la persona. Tardé un año en encontrarlo en Santiago, pues mi propia admiración, más un tanto de timidez, me impedía buscarlo. Gracias a un cuento, "Mr Taylor", que publiqué en el diario comunista *El Siglo*, Neruda me localizó y me invitó a celebrar con él su cumpleaños número 51 en su casa de Isla Negra, dos días y sus noches allí, con muy pocos amigos, desde ese momento puedo decir que me adoptó y me ayudó consiguiéndome trabajos ocasionales aquí y allá, incluida una revista que acababa de inventar, *La Gaceta de Chile*. Lo recuerdo en la medianoche de ese cumpleaños, en la playa, elevando enormes globos al cielo con alegría infantil. Observé después su generosa solidaridad con los perseguidos políticos, que viví personalmente.

—Cuando regresa a México, en 1956, ¿pensaba en "la piedra, el acero, el adobe de que están hechas las casas, o en nubes, conflictos del alma, sonidos de las vocales..."?

—En efecto, me impresionaba enormemente la piedra negra, —el tezontle— de que estaban y están hechas numerosas casas y palacios mexicanos, esa Ciudad de los Palacios de que tanto había



oído hablar; mejor dicho, me habían impresionado en 1944, pues en aquel tiempo, cuando pensaba en aquel tiempo, cuando pensaba en palacios, imaginaba que todos serían como los de "Las mil y una noches", de mármol blanco. Empezaba asimismo a haber rascacielos, en el centro. Pero pronto me olvidé de todo eso para ocuparme, como hasta el día de hoy, en las personas y de las personas; en el interior, en lo que no se ve; y sí, también en la forma en que hablan, y en lo que muestran y en lo que esconden cuando hablan. Lo primero, los edificios, las calles, ha cambiado; lo segundo no.

—¿Y qué vocales, qué palabras, qué sensaciones guarda de Luis Cardoza y Aragón, de Miguel Ángel Asturias?

—Con Cardoza y su mujer, Lya, mantuve una larga y cercana amistad, que comenzó precisamente en México en 1944 y siguió invariablemente hasta el día de su muerte, que casi presencié. Había en Cardoza una gran firmeza de convicciones en cuanto hace a su sentido de poesía y el arte, al igual que una constante preocupación por el destino de Guatemala y su pueblo, otra constante de su pensamiento. También fui amigo de Miguel Ángel Asturias, pero vivimos poco en los mismos lugares. Por mi propio carácter no tuve muchas oportunidades de manifestarle personalmente mi afecto y mi admiración.

—En 1944, usted exigía públicamente la renuncia del dictador Jorge Ubico, ¿qué exige hoy para Guatemala?

—En aquel tiempo pedía la renuncia del dictador Ubico, no tanto por él sino por lo que representaba: la opresión que los grupos oligárquicos ejercían sobre la sociedad guatemalteca, sobre el pueblo, principalmente el indígena. La Revolución Guatemalteca se propuso y logró algunas grandes reformas; pero apenas duró diez años —1944-1954—, los que la dejaron vivir los Estados Unidos. ¿Qué exigir hoy sino lo mismo de entonces? El pueblo guatemalteco volvió a vivir bajo la opresión, el despojo y la amenaza; la inmensa mayoría de ese pueblo, lo que llamamos vergonzosamente "los indígenas", si bien, por fortuna, hoy más concientes que nunca, continúa padeciendo la misma explotación inmisericorde y brutal.



–Hoy en día, ¿quiénes son los exiliados, hay un exilio posible?

–Hoy en día, los exiliados son otros y son los mismos: sólo cambian las nacionalidades que traen y llevan de este o aquel país, como símbolos de la residencia de la humanidad a cambiar; y los siglos y los milenios repiten el mismo horror con la misma pena y la misma indiferencia.



## *Edmundo Valadés*

### **El fin de un gran cuento**

**H**abía una vez un Edmundo Valadés.

El más grande impulsor del cuento mexicano se fue ayer. Eran las 04:25 de la madrugada cuando su corazón no aguantó más, cuando con ojos de sueño le dijo a su esposa y a su hija: "Sólo los sueños y los deseos son inmortales, palomitas". Adiós.

Las primeras luces del último día de noviembre envolvieron su muerte, a los 79 años de edad. En la mañana fue velado en la agencia de Gayosso de la calle Félix Cuevas y en la tarde fue cremado en el Panteón Español.

Eran las cinco de la tarde, una buena hora para un buen café, cuando Valadés se volvió cenizas, como fue su última voluntad.

Y si para hacer café se necesita el cacao, cosechado a una buena altura, con un buen sol; para hacer su vida, Valadés dispuso escribir cuentos, sembrar talleres literarios y cosechar amigos. De todo ello se desprendió una serie de publicaciones, donde brillaba como sol la revista *El Cuento*, fundada por él hace tres décadas.

"Soy el único mexicano que vive del cuento", dijo en una entrevista realizada este año.

Desde niño, allá en su natal Guaymas, Sonora, envuelto entre sábanas escuchaba cuentos. Apenas supo para qué servía un lápiz, escribió cuentos. Después no le bastaron los suyos, y publicó cuentos de otros, muchos, muchísimos. Y siempre, siempre, escuchó a los jóvenes de varias generaciones que se acercaron a ofrecerle sus historias.



**M**i ciudad es Nuevo Laredo, Tamaulipas ♦ Ahí nací una noche de junio ♦ Pero he caminado en otras ciudades muchas noches ♦ Egresé de Ciencias de la Comunicación de la Universidad de Monterrey, donde permanecí más de una década y trabajé en *El Diario*, *El Porvenir* y *El Norte*; y después viví un año extraordinario en España ♦ El tiempo que transcurre en esta páginas inicia en 1990, cuando llegué al Distrito Federal a buscar los rostros que responden a las obras de aquellos que viven o transitan por esta región de la tierra ♦ Las entrevistas que aparecen aquí han sido publicadas en las revistas *Mira*, *Macrópolis* y *Cuartoscuro*; y los periódicos *El Norte* y *Reforma*, donde trabajo desde su fundación.

